

Toda persona de carácter noble siente hácia la ancianidad una especie de deferencia melancólica: ¿no os entristecen, lectoras mías, las canas que van naciendo sobre la frente de vuestros padres?... ¡Ay!... cada cabello blanco es, de fijo, un paso hácia la tumba, y es también muchas veces una patente de dolor.

Siempre debemos consideracion á los ancianos que ya dejan el mundo y cuya larga carrera está al terminar, porque para ellos tiene ya la tierra muy pocos placeres y ha debido tener muchos pesares.

¡Cuántas veces habrá batido el dolor sus ardientes alas sobre una frente surcada de arrugas! ¡Cuánto habrán llorado los ojos que han apagado los años! ¡Cuánto habrá trabajado un cuerpo que la edad encorva con su peso!... ¡Ah! ¡quién no siente llenarse de lágrimas sus ojos al verse joven y fuerte y al contemplar á un anciano venerable cuyo paso vacilante nos dice que ya no puede caminar largos dias sobre la tierra!

No conocia Constanza esa piedad delicada que, naciendo de la nobleza de los sentimientos, puede solo albergarse en una alma noble: correspondió con una altanera incli-

XIII.

Un mes despues de estos acontecimientos, el soberbio carruaje de la marquesa de Prado-hermoso se detenia á la puerta de la humilde casita del párroco D. Fernando.

Quince dias hácia que habia muerto el marqués, despues de haber gastado, no solo los restos de su fortuna, sino todo el dote de su mujer.

La marquesa subió la escalera con marcada repugnancia, y fué recibida por doña Mónica, que la saludó respetuosamente sin recibir apenas contestacion.

El desvío de los jóvenes hácia los ancianos hace á aquellos muy poco favor, y da mala opinion de sus inclinaciones y sentimientos.

nacion de cabeza al saludo de doña Mónica, y le dijo en seguida:

—Quiero ver al enfermo.

—Es imposible, señora: respondió la hermana de D. Fernando.

—¡Es imposible!... ¿y por qué? repuso la marquesa.

—Porque el médico, ó mejor dicho, los médicos, han mandado que nadie entre en su cuarto.

—¿Qué médicos? ¿no está enfermo y muy de peligro D. Venancio en esta aldea?

—Sí, señora, D. Venancio está enfermo; pero esto no impide que haya otros dos médicos para la asistencia de ese pobre jóven.

—¿De dónde han venido?

—El uno de Toledo, y de Madrid el otro.

—¡Cómo! exclamó la marquesa: ha hecho V. venir dos médicos para asistir al Sr. Osorio, y nada menos que de Madrid el uno? ¿Cómo se conoce que ahora es rico á costa mia!

—Yo no sé si es rico, señora, contestó la buena doña Mónica, justamente ofendida del tono incisivo de la marquesa. No he sido yo tampoco quien ha hecho venir á esos facultativos, sino mi hermano.

—¿Y dónde se halla su hermano de V.?

—En Toledo, con Rosita.

—¡Ah! ¿Con mi hermanita nueva?

—Sí, señora: ha ido á ponerla en un convento donde se educan otras señoritas de distincion, para que la eduquen tambien.

—¿Conque dice V. que no puedo ver al enfermo?

—En efecto, señora, su estado es tan peligroso que aún se desespera de su vida, y quizá con mayor fundamento que nunca.

—Entonces, cuando esté en estado de que se le pueda ver, aviseme V., en mi castillo, en el cual vivo ahora: si se muere, aviseme usted tambien.

La marquesa, dichas estas palabras con una impasibilidad casi monstruosa tratándose del hombre que tanto la amaba, volvió á tomar su coche y se dirigió al castillo que antes habia ocupado su venerable abuelo.

Ya no existia en aquel hermoso edificio ninguno de nuestros antiguos amigos.

El tio Juan y su esposa, la buena Francisca, habian sido despedidos; y los dos excelentes ancianos, que durante tantos años habian imperado en la cocina como sobera-

nos, y que á pesar de la renta que habian recibido de su generoso señor, allí hubieran deseado morir, salieron llorando á lágrima viva del castillo y tomaron una modesta casa en la vecina aldea de San Simon.

En su casa era á donde habian acudido á hospedarse D. Venancio, enfermo á causa del pesar que le habia ocasionado la muerte de su idolatrado amigo el anciano duque, y sus tres pupilas, las dos huérfanas y la niña Victorina.

Sidonia se habia hecho muy amiga de doña Mónica, que la queria con un amor verdaderamente maternal: aquella mujer sencilla, generosa y amante, que habia perdido á todos sus hijos, y aquella jóven huérfana, modesta y cariñosa, se unieron muy pronto por una viva simpatía.

La jóven se dedicaba asiduamente al cuidado de D. Venancio; pero todas las tardes hallaba un rato para ir á pasarlo con doña Mónica.

Al mismo tiempo que la marquesa, se hallaba Sidonia en casa del párroco, y despues que la anciana hubo despedido á aquella, volvió á su cuarto, en el cual la esperaba la jóven.

—Esa orgullosa mujer me ha causado un sentimiento muy grande, hija mia, dijo la buena señora, no bien entró en la estancia donde se hallaba Sidonia.

—¿Qué ha pasado, pues? preguntó la jóven, que conocia bastante á Constanza para saber hasta qué punto era insolente, y á doña Mónica para saber hasta dónde era sensible.

—Acaba de decirme que bien se conoce que sabemos que es rico ese pobre jóven, puesto que hemos llamado á dos médicos para asistirle.

—¿Rico? preguntó cándidamente Sidonia: ¿pues no ha tenido que vender Manuel su trigo y sus dos mulas para prestar á V. el dinero con que pagar médicos y medicinas?

—Así es la verdad; el pobre Manuel está haciendo lo que no puede, porque tiene cinco hijos y les está quitando el pan de la boca, como quien dice, y esto solo por cumplir con la primera de las obras de misericordia.

—Es cierto, señora, dijo Sidonia: la primera de las obras de misericordia es visitar á los enfermos; pero, segun dice muy bien Catalina, no puede tener esta sola acepcion, porque ¿qué hará un enfermo infeliz nada

más con que le visiten? ¿De qué serviría esto á ese pobre y desvalido jóven? Me parece, además, que hay otros enfermos que los del cuerpo, y que los que padecen dolencias del alma son aún más dignos de nuestra compasion y de nuestros cuidados.

—Tienes mucha razon, hija mia, dijo doña Mónica: los enfermos del alma son los que más padecen y á los que más debemos pensar en aliviar; y, ó yo me engaño mucho, ó los males corporales de ese infeliz provienen de males morales muy dolorosos: ¿por qué no quieres verle?

—Señora, dijo Sidonia, no me ha parecido prudente entrar á molestarle: á V. la conoce, á mí no: además, la buena Catalina no se separa de allí.

—Vamos, entra ahora conmigo, dijo doña Mónica: verás qué cara tan interesante tiene.

—Entraré por dar á V. gusto, doña Mónica, repuso Sidonia; pero me voy al instante, porque el señor doctor habrá preguntado ya por mí.

Dicho esto, siguió á la anciana, que la condujo al cuartito que ocupaba el enfermo.

Este se hallaba despejado: con gran sor-

presa de doña Mónica, tenia los ojos abiertos y el color casi natural; pero su espantosa demacracion causaba pena y hacia adivinar cuánto habia padecido aquella pobre naturaleza.

Sentada á la cabecera del lecho, la buena Catalina contemplaba atentamente al enfermo, quien, sumergido en una meditacion profunda, casi no oyó las pisadas de doña Mónica y de Sidonia.

—¿Cómo va ese valor? preguntó la anciana inclinándose sobre el lecho con cariño.

—Estoy algo mejor, señora, respondió con voz débil el enfermo: muchas gracias.

Volvió á callar, dicho esto, y sobre sus facciones se extendió la misma sombría nube que siempre las cubria.

—Ha venido á verle Francisca su nodriza y Juan el cocinero, y no los ha reconocido, dijo Catalina: ahora es la primera vez que le veo un poco despejado.

—Mira, Catalina, vete á descansar y á dar una vuelta á tu casa, hija, dijo doña Mónica: ¡Dios mio! ¡tu marido está acabando su hacienda, y tú estás acabando tu salud por esta obra de caridad!

—¡Es verdad! dijo el enfermo: yo soy un maldito que causa la desgracia de todo aquel que se me acerca.

—¡Bah! ¡bah! ¡señorito! dijo Catalina: déjese V. de esos ruidos. Dioslo pagará todo, y lo que importa es que V. se ponga bueno. ¿Hemos vendido el trigo de flor y el mejor par de mulas para pagar la botica y los médicos? ¡Benditos sean mis bienes que me sacan de mis males! Ya ha ido mi Manuel á vender la otra mula, y traerá cuatro onzas lo menos por ella.

—¡Cómo! exclamó Máximo sentándose con ímpetu sobre su lecho; ¡cómo! ¿habeis vendido vuestro trigo y vuestro ganado por mí? ¿sin conocerme? ¿sin saber quién soy?

—¡Vaya! ¿Para qué queríamos saber quién era V., señorito? repuso Catalina: bastaba con saber que estaba desamparado; así Dios haga que mis hijos hallen una alma buena que, si van á servir á su Reina y los hieren, les cuide como yo á V. lo poco que sé y puedo... Pero me voy, que ya es tarde y debe volver Manuel: doña Mónica, á esos señores médicos tan desconfiados dígales que mañana se les pagarán las visitas de

hoy... ¡Huy, qué hombres!... se les figura que se les va su dinero de entre las manos!... ¡Y para lo que sirven sus potingues! Lo que es ese de Madrid, que se lleva un duro cada vez que sube la escalera, tiene una cara como un judío; ¡ay, D. Venancio de mi alma! ¡cuando estará bueno!

Catalina, dichas estas palabras, salió de casa de D. Fernando, y se fué á arreglar á sus chiquillos y la suya.

En cuanto á Máximo, habia sepultado su rostro entre las ropas del lecho y sollozaba amargamente.

—Hijo mio, dijo con dulzura doña Mónica, V. ofende á Dios entregándose á la desesperacion: la caridad no envilece. Dios mismo quiso nacer pobre: vea V. esta jóven que se halla á mi lado: es tambien una pobre huérfana que ha sido recogida por caridad dos años hace.

Máximo no respondió, y Sidonia se atrevió á decir con timidez á doña Mónica:

—Señora, ¿por qué no pone V. en este aposento su hermosa imagen de los Dolores? Su vista endulzaria los de esta pobre alma: no hay aquí ningun objeto que le distraiga y consuele.

—¡Tienes razon! tienes siempre razon, hija mia, dijo doña Mónica: vamos á colocar aqui la sagrada imágen.

Llamó en seguida á Micaela, le mandó traer una mesita, y al instante fué colocada sobre ella la preciosa escultura.

La Virgen quedó por casualidad con el semblante vuelto hácia el lecho, y al salir del parasismo de dolor en que habia caído, el pobre Máximo lo primero que vió fué la dulce mirada y la grata sonrisa de la reina del cielo.

XIV.

Como habreis visto, mis jóvenes lectores, los personajes de esta historia ignoraban cada uno la suerte del otro.

Al dia siguiente de la lectura del testamento del anciano duque de la Estrella, la Golondrina, ó más bien Rosa de Álvarez y Puerto-llano, fué conducida por D. Fernando al convento de Toledo en el cual debia educarse.

La pobre niña ni preguntó nada, ni nada le dijeron tampoco, por no creerlo el párroco necesario por entonces: sacóla de la inmunda casuca de Perucho, y metiéndose con ella en un carruaje, la condujo con cariño al convento, asilo santo y benéfico de la infan-

cia, donde esta recibe á un mismo tiempo el pan del cuerpo y el del alma.

Rosa, al verse entre aquellas niñas de su edad, alegres y cariñosas; al verse, como ellas, aseada y mimada, se quedó contentísima, y su tutor, el buen D. Fernando, empezó sus diligencias para asegurar de un modo estable el porvenir de su pupila.

El mismo día de la salida del párroco y de Rosa para Toledo, D. Venancio, enfermo de cuerpo y espíritu por la pérdida de su amigo, tuvo que dejar el castillo cuya posesion exigia tan imperiosamente la marquesa de Prado-hermoso, y se hospedó provisionalmente con sus tres pupilas en la casita que habian alquilado para sí el anciano cocinero y su esposa.

Los pobres viejos no querian perder de vista las almenas del antiguo castillo donde tan felices habian sido.

Constanza habia mandado venir de Madrid á su cocinero, y á las órdenes de este habian quedado los ayudantes Blas y Toribio, quienes, sin embargo, echaban mucho de menos á su antiguo soberano el rollizo y bondadoso tío Juan.

Nada sabian, pues, Máximo, Sidonia y

Genoveva de las innovaciones que iba á haber en su suerte: aquel era heredero de una fortuna opulenta por el testamento del duque: Sidonia estaba ricamente dotada, y ambos tenian la obligacion de unirse por los lazos del matrimonio cuando aún no se conocian, y cuando se juzgaban respectivamente desamparados del mundo entero.

Así la Providencia, á quien muchas veces acusamos ligera y culpablemente de injusta, vela por todos sus hijos y no desampara á los buenos, por más que los haga pasar por duras pruebas.

Dos días despues del en que á instancias de Sidonia se colocó la imagen de Nuestra Señora de los Dolores en el dormitorio de Máximo, este se hallaba recostado en su lecho, y más animado por primera vez despues de su penosa enfermedad.

Á su lado y trabajando en una calceta de lana negra para el señor cura, se hallaba doña Mónica; y Sidonia, sentada á los piés del lecho, formaba un grueso ramillete de flores campestres.

—¿Conque se siente V. mejor, verdad, hijo mio? preguntó bondadosamente la anciana

al enfermo: ¡cuánto se alegrará mi hermano cuando venga! ¿Y quiere V. que le diga la verdad? Pues mire V., creo que Sidonia es la que debe llevar toda la gloria de la curacion de V.

—¡Yo, señora! exclamó la jóven, confundida y encarnada como una cereza.

—Tú, sí; ¿de qué te admiras? Máximo me ha dicho que al ver fija sobre su frente la mirada de la Virgen, sintió que su cabeza se despejaba, y que huía de ella el constante pensamiento del suicidio que durante mucho tiempo le habia atormentado: ¡sí, hija mia! ¡Quería matarse!

—¡Caballero! ¡eso es una cobardía! dijo Sidonia con grave y triste acento.

—¡Ah, señorita! exclamó Máximo: ¿en qué otra cosa que en la muerte puede pensar el infeliz á quien todo falta en la tierra?

—Dios es el padre de todos, y el que cuida de los pajarillos en los dias en que el hielo y la nieve cubren los campos, no es posible que desampare á los mortales que son sus hijos, y por los cuales murió.

—¡Es verdad! dijo el enfermo: Dios me hizo encontrar á esta buena señora, ó más bien, hizo que ella me encontrase á mí y que

me abriese su pobre casa, porque yo no tenia en este pais dónde albergarme.

Pero ahora recuerdo, prosiguió Máximo, que aún no saben quién soy ni de dónde vengo, y, aunque brevemente, debo decirlo á Vds.

Mi padre el general Ossorio fué compañero de colegio y amigo íntimo del duque de la Estrella.

Algunos años más jóven que este, halló en él una proteccion casi paternal y tan eficaz en todas las circunstancias de su vida, que le debió innumerables favores.

Casóse el duque, y mi padre fué al ejército, encargándome á los cuidados de su amigo, que se propuso hacerme estudiar la carrera de leyes: Constanza de Puertollano tenia entonces diez años, y yo quince: nos amábamos como hermanos, y el deseo de complacerla me hizo estudioso y aplicado.

Pronto degeneró el cariño infantil, que yo le profesaba, en una pasion tan ardiente como ilimitada; pero su corazon, helado y ambicioso, ni sabia lo que era amor, ni debia saberlo jamás.

El duque no vió con enojo mi cariño: de-

masiado rico para ser interesado, solo deseaba la felicidad de Constanza.

En cinco años acabé mi carrera, y durante ellos, ¡ay! tuve la irreparable desgracia de perder al mejor de los padres: huérfano ya de madre, quedaba enteramente bajo la tutela del duque.

Un día me llamó á su gabinete: acababa yo de cumplir veinte años, y quince Constanza.

—Hijo mio, me dijo haciéndome sentar á su lado y tomando una de mis manos: estoy enfermo de muerte: un mal incurable va minando los días que me quedan que vivir en el mundo.

Yo hice un movimiento de doloroso espanto, que él contuvo con un ademán, y continuó:

—Además, soy viejo; y así, debo pensar en el porvenir de mis nietas y en el tuyo: sé que amas á Constanza, y este cariño me colma de alegría, porque no podría hallar para ella un esposo de mejores cualidades, de más noble corazón: pero, Máximo, Constanza es muy rica, y tú eres en extremo pobre: y como amo y venero la memoria de tu noble padre, y además te estimo mucho, no

quiero que digan nunca que te has casado por interés con mi nieta.

El rubor encendió mi semblante: el duque prosiguió:

—No creo que Constanza abrigue aún hacia tí una gran pasión: es una niña que no piensa más que en jugar; pero tú la amas mucho, hijo mio, y el amor se trasmite, como todos los sentimientos nobles: yo cuidaré además de mantener vivo tu recuerdo en su alma.

—¡Mi recuerdo! Pues qué, señor, exclamé aterrado, ¿piensa V. arrojarme de su casa?

—No te arrojo, Máximo: soy yo quien me ausento, contestó el duque; mi mal hallará quizás alivio ó me destruirá más lentamente en el campo: me voy á mi antiguo castillo con mis hijas y el Dr. Astudillo; quédate tú en Madrid: trabaja: tienes una carrera; busca á la fortuna, ella no te huirá.

—Mucho tardaría en hallarla en España, señor, le respondí con despecho, y así, prefero ir en pos de ella bajo el hermoso cielo de América.

—¡Sueños vanos! exclamó el duque: cuándo dejareis de atormentar á la fogosa

juventud! Y tú, hermosa España, ¿por qué no abres tu seno, y muestras á tus ingratos hijos los tesoros que escondes y que les guardas?

Este apóstrofe me dejó confundido, y guardé silencio.

—Vete, continuó el duque tras de algunos instantes de meditacion. Ve á donde quieras, Máximo; no te detengo, ni te aconsejo: al que nada posee no puede decirsele *busca aquí ó allá*, sino *busca por el mundo entero*.

—Es verdad, observé yo; pero ¿he de alejarme desde aquí? Yo quisiera, señor, ver al menos el sitio donde queda Constanza, para llevarle grabado en mi corazon.

—Sea así, contestó con bondad el duque: pasarás algun tiempo aún entre nosotros, y luego partirás en busca de una fortuna, no pingüe, sino modesta, y que alcance á poner á salvo tu decoro de la maledicencia del mundo.

En efecto: dos dias despues llegamos á estos sitios; solo algunos permanecí en ellos, y luego, despidiéndome de aquella familia, que habia sido la mia, partí para la India.

Largo é inútil seria que yo refiriese ahora lo que tuve que sufrir en aquel abrasado clima: la fortuna huía de mí, y al cabo de siete años de continuas enfermedades volví aquí con la desesperacion en el alma, y tan pobre como habia salido.

Llegué á estos sitios dos meses hace y en una lluviosa tarde, y me detuve enfrente del castillo contemplándole con amargura; pero la sorpresa embargó mi alma al ver á dos pasos del antiguo edificio, cuyos muros encerraban lo que más amaba yo en el mundo, otro suntuoso palacio de construccion moderna, y en uno de sus balcones á Constanza, más bella que nunca.

Rosa, esa niña á quien llamábais la Gollondrina, me dijo que aquella dama era la marquesa de Prado-hermoso, y casi muerto de dolor y de fatiga me condujo á la cocina del castillo, donde oí de la boca de mi buena nodriza, la mujer del cocinero Juan, la confirmacion de mi desgracia.

¡Constanza se habia casado un año hacia, y aquella era su habitacion nupcial!

Entonces quise huir de allí, sin pensar en ver á mi bienhechor y segundo padre: me dijeron que la aldea de San Simon era la

más cercana, y llegué á ella ya muy entrada la noche.

Pero las fuerzas me faltaron de repente: no habia comido nada hacia muchas horas; el dolor abrasaba mi cerebro y hacia discurrir por mis venas una fiebre ardiente... caí desfallecido, y he despertado de mi penoso letargo en este asilo benéfico.

Calló el jóven fatigado de su largo razonamiento, y las dos mujeres le contemplaron con una profunda conmiseracion.

—¡Pobre jóven! dijo doña Mónica: yo tuve la dicha de encontrar á V. al salir de la iglesia y le hice conducir aquí... Desgraciadamente somos muy pobres, pero nuestros vecinos Manuel y Catalina son tan buenos y misericordiosos, que han empleado todo cuanto tenian para aliviar á V.

—Es verdad, señora, repuso Máximo: esas excelentes criaturas han tenido misericordia de mi cuerpo... y V. y esta jóven, de mi alma, que estaba aún más enferma... pero ¡oh, Dios mio! ¿Cómo podré resarcir á Manuel y Catalina de los perjuicios que les he causado?... No hablo de Vds., pues sus beneficios y cuidados solo puede recompensarlos una eterna gratitud... pero ellos, ellos...

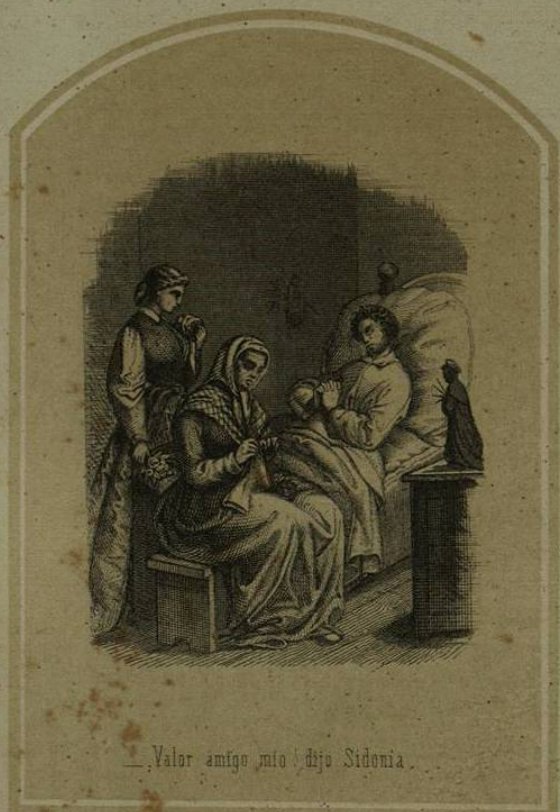
¡Oh! si los soberanos de la tierra supieran dónde existen desventuras como la mía, es seguro que las remediarían.

Lágrimas de fuego se deslizaron por las mejillas de Máximo al pronunciar estas palabras.

—¡Valor, amigo mio! dijo Sidonia enjugándose los ojos bañados también por triste llanto, que habían arrancado las palabras del jóven: es verdad que no son las miserias más dignas de lástima aquellas que obligan á pedir el pan de puerta en puerta: ¡no! el mendigar es muchas veces un *oficio*, que se *hereda* y que se *perfecciona*; pero hay desgracias, ocultas con rubor, que no tienen más alivio que la muerte. Para endulzar esas amarguras, nos queda la piedad de Dios... Cuando todo nos abandona en la tierra, cuando la humanidad nos olvida, Dios acude en nuestro auxilio, Dios, que ve nuestra alegría y nuestro dolor.

—¡Ah, señorita! V. me habla así porque no columbra, ni aun desde lejos, toda la extensión de mi desgracia.

—¿Que no?... repuso Sidonia con tristísima sonrisa; yo estoy, amigo mio, en el mismo caso que V.; huérfanas mi hermana y



—Valor amigo mio! dijo Sidonia.

yo, y acogidas por caridad en casa del señor duque, ahora, que ha muerto, no sé qué será de nosotras; pero Dios no nos abandonará, prosiguió la jóven con una expresion sublime de confianza y de fé: somos jóvenes, trabajaremos.

—Es verdad; V., al menos, solo debe gratitud... ¡pero yo!... ¡Oh, si hallase quien comprase mi sangre, la venderia para pagar á esas pobres gentes!

—Estas pobres gentes, señorito, dijo á este tiempo una voz llena y varonil, están pagadas de sobra con verle á V. tan aliviado.

Volviéronse todos y se hallaron en el umbral de la puerta con las caras risueñas y honradas de Manuel y Catalina.

—¡Caramba y qué cambiado está V.! prosiguió Manuel, que hacia esfuerzos inauditos para contener su llanto, mientras que Máximo, inclinado sobre una de sus manos, lloraba copiosamente.—¡Si parece usted otro! La señorita tuvo una bendita idea al dar á V. hace dos dias caldo de gallina.

—¡Ya se ve, lo que tenia era debilidad, pero yo no me atrevia á darle nada! dijo Ca-

talina contemplando tambien con admiracion á Máximo.

—¡Y ahora voy á darle otra cosa! dijo Sidonia levantándose: voy á darle aire libre y un rayito de sol.

Y esto diciendo, abrió la jóven de par en par la ventana.

El aire tibio y balsámico de Abril penetró en la estancia, juntamente con un rayo de sol que, resbalando por entre las macetas del señor cura, colocadas allí por la mano de Sidonia, fué á herir la pálida frente de Máximo.

—¡Buen Dios, qué pimpollos, qué rosas! gritó Catalina señalando el rosalito del señor cura.

—¡Cómo, aquí el rosal de mi hermano! exclamó asombrada doña Mónica.

—Entre Micaela y yo trajimos anoche todas las macetas para que alegrasen al pobre enfermo, dijo Sidonia algo confusa: ¡perdon, señora!

—¡Has hecho bien, hija mia... has hecho muy bien! dijo la buena señora: eres un ángel, y Dios te pagará tu prevision.

Aquella sencilla mujer no sabia dar otro nombre á la poesia, á la delicadeza de alma,

á la bella caridad que llenaban el corazón de Sidonia.

—¡Pero Dios mio! ¿cómo hacen Vds. para tener esas rosas tan pronto? exclamó Catalina: ¡y son de pasión! añadió acercándose al rosal cargado de hermosísimas y aromadas rosas.

—El sol, el riego con agua templada, y el preservarlas del hielo, las hacen adelantar, dijo Manuel.

—¡No! dijo á la espalda de los circunstantes la grave y sonora voz de D. Fernando: ¡no! es la mano de Dios la que las ha hecho adelantarse para que refresquen con su perfume el abrasado cerebro de Máximo. Dios ha criado las flores para nuestro recreo, hizo brotar blancas á todas las rosas como emblemas de la pureza, y despues fueron emblema de amor, porque junto á su cruz habia un rosal que enrojeció con la sangre de su pasión.

—¡Aquí estoy yo! dijo la voz grave y austera de D. Venancio, que apareció apoyado en los hombros de Genoveva y Victorina: he determinado venir á ver á Máximo apoyado en estas dos lindas muletas, y veo, á Dios gracias, que está mejor que yo... Va-

mos á ver si la noticia que voy á darle acaba de ponerle bueno. Amigo mio, es V. dueño de dos millones de reales, de un palacio en Madrid, de una quinta cerca de Sevilla, y de la mano de la señorita Sidonia de Gaminde, mi pupila, que le entregaré dentro de quince dias con 24,000 duros de dote.

—¡Ea, fuera de ese lecho! gritó alegremente D. Fernando. Hijo mio, yo le diré á usted ahora como Jesus á Lázaro: ¡Levántate y anda!

Un grito unánime de asombro partió de todos los pechos. Máximo tomó la mano de Sidonia, la besó, y luego abrió sus brazos á Manuel y á Catalina.

—Señor, dijo así que su emoción le permitió hablar, dirigiéndose al señor cura: le suplico á V. que corte para mí una rosa de esa maceta.

—Tómela V., hijo mio, dijo D. Fernando, que habia elegido la mejor y la más bella.

—Ahora, padre mio, repuso en voz baja Máximo, devuelva V. la de perlas y esmeraldas que debió hallar en mi pecho, á la marquesa de Prado-hermoso.

—¡Oh, sí, y guarda esa, Máximo, como la memoria de tu primer dia venturoso! mur-

muró el párroco con emocion y estrechando la mano del jóven: ¡las flores son la sonrisa de Dios; las rosas son el emblema del verdadero amor, que hoy empieza para tí como una aurora de bonanza!

XV.

Algunos dias despues, se hallaban sentados en el jardinillo del señor cura, Máximo, débil, pero casi bueno, tranquilo y risueño; D. Venancio, que leía un libro de medicina; doña Mónica, que trabajaba en su calceta, y Sidonia, que bordaba un pañuelo con las iniciales de Máximo Osorio.

El señor cura contemplaba sus flores y dirigia la mano destructora de Micaela que iba cortando verduras para la cena.

—¿No nos dirá, por fin, lo que le ha sucedido en el castillo? dijo Máximo á doña Mónica, señalando al señor cura.

—Sí nos lo dirá, pero será cuando nos haya hecho esperar un buen rato, hijo mio,

dijo doña Mónica: ese es su genio, y cuanto más le instemos, tanto más nos hará esperar.

—¡Eh! ya que habeis rabiado un poco, oidme, dijo á este tiempo D. Fernando acercándose.

—¡Gracias á Dios! repuso doña Mónica; ¡qué carácter tienes, hermano!

—Paciencia, amigos, paciencia, que así ganareis el cielo.

—¡Acaba!

—Habeis de saber, pues, que llegué al castillo y pedí ser llevado al gabinete particular de la marquesa: estaba recostada en un sillón y sin hacer nada; al verme entrar, no se movió; me miró de piés á cabeza, y me preguntó con frialdad:

—¿Podré ya ver al Sr. Osorio?

—No, señora, le contesté: el Sr. Osorio rehusa ver á V., y me ha encargado que le presente esta joya.

Esto diciendo, le presenté la rosa de perlas.

El carmin de la cólera cubrió las mejillas de la marquesa, quien, despues de una pausa, volvió á preguntarme:

—¿Le han dicho que estuve á verle en su casa de V.?

—Sí, señora: se lo dijo mi hermana, y para evitarle que se moleste de nuevo me envia á devolver á V. esta flor.

—¿Luego se casa?

—Esta noche.

—¿Con Sidonia?

—Sí, señora.

—¡Ah, viles! ¡ambiciosos! exclamó la marquesa.

—No sé por qué, señora, le respondí yo con gravedad: ellos no hacen más que cumplir los deseos de su bienhechor, que conocia cuán apropiada era esta union, cuán dignos eran Máximo y Sidonia uno del otro; y creo más bien que la ambicion está de parte de usted, que, viéndose arruinada, quiere reponer su caudal con la fortuna de Máximo.

—¡Caballero! gritó Constanza con indignacion.

—¿Qué otro sentimiento, continué yo, puede mover á V. á buscar á un hombre que debia casarse con V., y á quien V. olvidó con la más negra ingratitud? Pero ya es hora de que me retire, pues al caer la tarde he de echar á los novios la bendicion nupcial. Señora, V. fué la causa de que un hombre digno y honrado enfermase de alma y cuerpo;

dos pobres y toscos aldeanos han tenido misericordia del último, que sucumbía á los rigores de la miseria y del dolor, y una infeliz huérfana ha tenido misericordia de la primera, marchita y abatida por la crueldad de V. ¡Que nunca le dé Dios el castigo que merece!

Dicho esto salió; y ahora, que ya lo sabeis todo, id á poner os las mantillas para ir á la iglesia, que ya no pueden tardar Manuel y Catalina.

—¡Aquí estamos! dijo la alegre voz de la labradora.

—Manuel, dijo Máximo levantándose de su asiento y apoyándose en el brazo del aldeano; aquí tienes mi regalo de boda.

Y le presentó una escritura de venta de la casa en que vivía.

—Además, prosiguió Máximo, he comprado para tí las tres mulas que vendiste por mí, y cuatro más, que con la que te quedaba hacen cuatro hermosos pares de caballerías de labor; Sidonia regala además á Catalina seis cahices de trigo de flor, y el tablar de tierra blanca de siembra que tanto ha deseado siempre.

—¡Pero, señor, yo estoy lelo! exclamó el

buen Manuel: ¡soy así de un golpe el vecino más rico de San Simon!

—Ninguno de los otros te excederá en honradez y generosidad, estoy seguro de ello, repuso Máximo abrazándole con efusión.

—¡Pero, señorito, siendo yo su padrino de boda, y mi mujer la madrina, nosotros éramos quienes debíamos regalarles!

—¡Me habeis regalado la vida! exclamó el jóven volviendo á estrechar á Manuel sobre su pecho.

—Catalina, dijo entonces Sidonia: me has de prometer plantar en el tablar dos rosales que te hagan acordar de Máximo y de mí: uno de rosas blancas y otro de rosas de pasión: una rosa blanca fué el consuelo de mi esposo en las duras pruebas por que pasó, y las rosas de pasión, con su blando aroma y con su hermosura, llevaron á su alma el primer rayo de dicha y alegría; muchas veces me ha dicho que, cuando yo me separaba de su lado, el perfume de las rosas me traía á su presencia, porque nada hay que fije los recuerdos como un perfume que use ó nos haya dado una persona amada: las rosas son el emblema de su amor y del mio.

La jóven, dichas estas palabras, salió del jardín apoyada en el brazo de Catalina, y todos las siguieron dirigiéndose á la iglesia donde debían recibir las bendiciones nupciales.

XVI.

Al día siguiente salieron para Madrid Máximo y su esposa, llevando consigo á Victorina con permiso del Dr. D. Venancio.

Este se quedó con Genoveva para acabar de restablecerse, á beneficio de la hermosa estacion, en la pintoresca aldea de San Simon.

La marquesa viuda de Prado-hermoso marchó á Paris pasados los primeros dos meses de su luto. Madrid no bastaba á su afan de brillar y á aquella vanidad homicida, que habia disipado casi todo su caudal.

Para no dejar su castillo y su palacio en manos de sus criados, que ninguna confianza le inspiraban, mandó llamar de nuevo al

tio Juan y á su digna esposa, que volvieron llenos de gozo á imperar en la cocina, dando así una muestra patente de que los buenos hallan siempre recompensa.

Cuando Constanza marchó á Paris, escribió una carta á Genoveva, preguntándole si queria acompañarla, en cuyo caso pediria permiso para ello á su tutor; pero la jóven, cuyo corazon era bueno, y cuyo carácter casquivano y arrogante habia sido modificado por la dura leccion que fué para ella la inesperada fortuna de su hermana, le contestó dándole gracias y diciéndole que no pensaba separarse de su tutor.

D. Venancio, para recompensarla, la llevó á Madrid, donde bien pronto se casó con un jóven estimable, siendo ella, á ejemplo de su hermana, modelo de esposas y de madres.

Rosa y Victorina se casaron en un mismo dia, con dos jóvenes de la grandeza, y las dos encantadoras hermanas se amaron siempre con la mayor ternura.

Constanza casó tambien en Paris en segundas nupcias, renegando así tácitamente de su patria y de su familia, y su matrimonio no fué más dichoso que el primero, pues

su esposo era, como ella, vano, frívolo y dominante.

En el gabinete particular de Sidonia habia siempre un hermoso ramo de rosas, que en invierno se cortaban de la estufa del jardin, y muchas veces decia aquella á su esposo, señalándole las flores:

—Esa es, Máximo, una de las más bellas imágenes de la misericordia, pues Dios es tan bueno, que al mismo tiempo que nos ha dado la ciencia para alivio de las enfermedades del cuerpo, nos ha dado las flores para alegría de nuestros ojos, y como remedio de las enfermedades del alma.

FIN DE LA LEYENDA.